

Pròleg a

***Cultura y
personalidad en
Ibiza***

Territoris (2000), 3:
299-304

Pròleg

a

Cultura y personalidad en Ibiza

CLAUDIO ALARCO VON PERFALL (1981) : *Cultura y personalidad en Ibiza*. Madrid, Editora Nacional, 318 pp. Aquest llibre és la versió al castellà, revisada i en part augmentada, de la tesi doctoral de l'autor, dirigida pel Prof. Dr. Eno Beuchelt i presentada en 1978 a l'Institut de Psicologia de la Universitat de Colònia i publicada per la mateixa Universitat en 1979, amb el títol de *Kultur und Persönlichkeit auf Ibiza*.

* * *

El lector se pregunte quizá sobre el verdadero interés de este libro: ¿Una obra más acerca de Ibiza? ¿Acaso es Ibiza una isla poco conocida?. Estas palabras preliminares, que es posible resulten a la postre más o menos innecesarias, quieren responder precisamente a estos interrogantes y aludir, de un modo u otro, al contexto y a los objetivos dentro de los que la obra que el lector tiene entre manos fue concebida y proyectada.

Digamos inmediatamente, en primer lugar, que si en algún sentido puede justificarse que sea yo precisamente quien tenga el honor de prologar el libro, debe ser, aparte de la estimación y el afecto del autor, por un común interés, largo en mi caso de más de treinta años, por estas tierras y estos hombres de las Pityusas, de las islas de Ibiza y Formentera. Un interés profesional —él, para decirlo en pocas palabras, desde el campo de la Antropología; yo, desde la Geografía— y un interés también personal, telúrico, profundamente enraizado, y humano, hondamente entrañado en la sociedad ibicenca y formenterense.

La alusión a este plano de estudio nos obliga a referirnos al atractivo que el análisis de las Pityusas ofrece. Más de un autor ha señalado —y algunos geógrafos no son ajenos a esta afirmación, muy al contrario— que, dentro del viejo y bien definido mundo mediterráneo, Ibiza y Formentera constituyen como una quintaesencia de la mediterraneidad. De un país mediterráneo costero, que son los auténticos; por ello hemos de decir, más exactamente, la quintaesencia de una mediterraneidad insular. Presenta todos los caracteres de estas tierras que yo, a fuer de buen mediterráneo, no dudaré en decir que han sido —¿y lo son todavía?— uno de los grandes centros del mundo; me parece que, en este sentido, es fácil perdonar a los griegos haber creído que eran el auténtico y exclusivo foco del mundo habitado, el ombligo del ecumene.

Ibiza, singularmente, es un excepcional arquetipo: país de colinas, suaves hondonadas, llanuras en retazos, recatadas calas. Hecha a la medida del hombre, de unos reducidos y enraizados grupos humanos, queremos decir. Clima poco lluvioso, ambiente soleado, con el peculiar verano cálido y seco, fuentes y corrientes escasas: millares de extranjeros se han quedado asombrados ante “*es riu* “ (¿el río?) de Santa Eulària. Un

abundante matorral y una cubierta forestal, de pinos, carrascos y sabinas, más densas de lo que podíamos creer: ¿acaso el mismo nombre griego, las Pityusas, no alude a que ellas constituyen “las islas de los pinos”?

Tampoco falta, tras la imagen amable, el reverso de la medalla —la irregularidad o la violencia de ciertos elementos climáticos, por ejemplo— hecho profundamente mediterráneo, que los geógrafos han mostrado repetidamente, que los poetas han glosado también con ahínco, desde el griego Hesíodo al catalán Espriu.

Luego está el viejo mundo humano del Mediterráneo, que en las Pityusas se nos remonta ya a cuarenta siglos. Dosificados casi a la perfección se nos aparecen los variados y acaso alejados factores: una población autóctona de origen desconocido, griegos y especialmente fenicios y púnicos que arrancan del Mediterráneo oriental y central, los romanos desde el mismo centro, el empuje del sur con los árabes, los catalanes —ya en plena Edad Media— que vinculan en definitiva las islas a la Europa occidental.

Así se irá configurando lentamente una sociedad y una economía, prototipo también del Mediterráneo: la pequeña ciudad de Ibiza, un núcleo vigilante y amurallado, con un reducido y en ocasiones activo puerto, donde convive una élite cultural, militar, comercial, y de señores rurales con una masa relativamente importante de artesanos, agricultores y hombres del mar. En el ancho campo, los secanos cerealistas y la variada arboricultura: el olivo, la vid, el algarrobo, la higuera, el granado; más tarde, el almendro; con los hombres diseminados en familias, en un poblamiento disperso casi absoluto, prestos a concentrarse —si el peligro llega desde cualquier playa o cala— en alguna casa fuerte o en la iglesia, frecuentemente también fortificada.

Un mundo con sus cambios indudables, a través de los tiempos y de los avatares, pero que os puede parecer igual a sí mismo, en definitiva, y que adjetivamos —así, en bloque— como “tradicional”. De esta manera, cabe perfectamente que se nos aparezcan las Pityusas como un arquetipo del tradicional mundo mediterráneo, más exactamente del mundo mediterráneo insular.

Apasionantes en sus caracteres físicos y humanos, las Pityusas no han carecido ciertamente de descriptores y comentadores. Entran plenamente dentro de la gran corriente de escritores de viajes del pasado siglo, frecuentemente de origen ajeno, que las presentaron, asombrados casi siempre, en sus caracteres exóticos. Descuella, entre todos, el archiduque de Austria Luis Salvador, en una excelente y pormenorizada presentación, obra de inapreciable valor para conocer como eran las islas hace ahora un siglo, aproximadamente. Luego habrá la inundación moderna, que se remonta a unos pocos lustros, aparte de unos ilustres antecedentes, de guías de viaje u obritas de sucinta información, respondiendo a un fenómeno social y económico del que tendremos que hablar luego más largamente. Destaca por su originalidad y amplitud, nos parece, la obra del ibicenco —otra vez un poeta, hablando de su isla mediterránea— Marià Villangómez, equilibrada en su contenido, bella y entrañablemente escrita.

Van surgiendo, paralelamente, las aportaciones de quienes estudian las islas desde sus campos de estudio, con una óptica de especialización. Geógrafos, geólogos, botánicos, sociólogos, economistas, nos hablan de las Pityusas; cargadas de historia, síntesis de los contragolpes de unos y otros pueblos, ancladas en pleno Mediterráneo, son sobre todo historiadores y arqueólogos quienes se interesan por ellas. Otro ibicenco, Isidor Macabich, descuella en particular por el esfuerzo realizado, largo en años y rico en resultados. En una bibliografía de obras de todo tipo que, de un modo u otro, contribuían a un conocimiento geográfico de estas tierras y que tuvimos ocasión de publicar, no hace mucho, en colaboración con la profesora ibicenca Rosa Vallès (véase *Revista de Geografia*,

Universidad de Barcelona, vols. XII-XIII, 1978-1979, págs. 107-130) anotamos, en conjunto, cerca de trescientas publicaciones. Ello nos da una idea, nos parece, del interés despertado, desde hace tiempo, por las islas.

El estudio de Claudio Alarco von Perfall, que tengo ahora el honor de presentar, se inscribe evidentemente dentro de la línea investigadora, dentro de los trabajos de una marcada especialización científica. Yo diría incluso que en un grado extremo, respondiendo a una rigurosa formación del autor, a un amplio conocimiento del tema, a una recolección cuidadosa de material, a unos planteamientos precisos, a unos exigentes análisis. No en vano la obra fue motivo de una tesis doctoral, presentada, hará un par de años, en la Universidad de Colonia, dirigida por el profesor Eno Beuchelt y elaborada en el seno del Instituto de Psicología de dicha Universidad, dirigido por el profesor Udo Undeutsch.

Este trabajo corresponde más concretamente a unos enfoques antropológicos, de Antropología social y cultural, posiblemente predominando esta última. No faltan respecto a Ibiza y Formentera trabajos que estén dentro de esta línea, en lo que ha venido llamándose Etnografía o Etnología. Destacarían probablemente, en nuestro caso, los libros escritos por Víctor Navarro y por Walter Spelbrink, especialmente este último. Pero el primero es una obra de aficionado, en definitiva, aunque con cierta cultura y una experiencia directa del tema; sin embargo, no siempre fue bien informado ni interpretó correctamente los problemas planteados, por lo que su obra (*Costumbres en las Pithiusas*) debe utilizarse con numerosas reservas. Spelbrink era un filólogo, doblado de etnógrafo, de trabajo mucho más riguroso; correspondía a la corriente conceptual y metodológica de “palabras y cosas”, claramente positivista, exigente en la descripción de utensilios y procesos, exacta y rica en la transcripción de términos y designaciones, interesada acaso en las comparaciones, pero poco preocupada en general por ulteriores elaboraciones o interpretaciones científicas.

El lector se dará cuenta inmediatamente que nos encontramos ante una obra de otro corte y otro sesgo bien distintos. De antemano hay una amplia información, variada en sus orígenes —véase el esfuerzo de síntesis, en distintos aspectos, en las primeras páginas—, que intenta ser exhaustiva en las fuentes escritas —consúltese la bibliografía— y que quiso ser muy diversa en otros posibles sentidos y métodos, especialmente en la observación y en la encuesta oral. Una indudable aportación compleja y original, sobre cuyo exacto valor el lector podrá juzgar inmediatamente.

Pero antes se me ha de permitir que haga una última observación. Creo que hay un hecho que acrecienta definitivamente el valor de este libro. Se trata del acierto no sólo en el tema —que permite el análisis, repito, de una sociedad que se presenta como un arquetipo netamente mediterráneo—, sino también en el momento en que la problemática toda es abordada.

En efecto, Ibiza y Formentera han vivido un claro proceso de cambio. Un profundo y rápido cambio que, iniciado en el quinquenio 1956-1960, alcanza una acusada eficacia a finales de la séptima década y principios de la octava. En definitiva, la obra que el lector tiene entre manos insiste acertadamente en dos «momentos» que van surgiendo, en contraposición, repetidas veces: el mundo tradicional, por una parte; el cambio reciente, por la otra.

No es que el mundo tradicional no hubiese sufrido sus variaciones. A veces esta visión rígida y en bloque de las centurias anteriores a la actual puede constituir un grave error. Más de una vez los historiadores, con razón, han echado en cara a geógrafos, antropólogos o sociólogos visiones simplistas de este tipo. En Ibiza, por ejemplo, hay unos

intentos voluntarios de cambio socioeconómico a finales del siglo XVIII, por parte de un reducido grupo de gobernantes, que viene a representar —como en otras ocasiones hemos indicado— una suerte de «plan de desarrollo», al modo de una Ilustración y un Despotismo ilustrado en fase ya avanzada.

Pero es cierto, al mismo tiempo, que estos posibles cambios no representan una ruptura neta y extensa con el pasado. Y por ello es verdad que, en definitiva, cabe una visión en bloque de unos siglos previos al actual, concretamente hasta mediados de nuestra centuria. El turismo, por el contrario, ha representado una transformación realmente honda y amplia, un nuevo modelo social y económico. Ha sido un motor de cambio que ha actuado, realmente con una tremenda eficacia.

El problema había interesado ya, en sí mismo o en sus consecuencias, a algún geógrafo y sociólogo. Que está vivo en las Pityusas y que desde hace años es el gran tema y la gran ocupación y preocupación isleñas, puede verse hojeando simplemente la prensa y las publicaciones locales. El turismo, en pocos años, para bien o para mal, lo ha modificado todo: ha invertido las corrientes migratorias; ha motivado un notable ensanche en Ibiza y el sorprendente crecimiento de San Antonio y Santa Eulalia; ha acrecentado, hasta cotas insospechadas hace unos pocos años, las comunicaciones, transportes interiores y exteriores; hoteles y urbanizaciones se densifican en tramos costeros periféricos y cierran las salidas de numerosas calas; el campo —el secular y estable campo isleño— se abandona y se despuebla. Paralelamente se producen profundos cambios en las relaciones socioeconómicas, en los flujos de capital, en las inversiones, en los precios.

Por lo menos así ha ocurrido aparentemente y hasta ciertos niveles sociales, económicos y culturales. Hasta qué punto este cambio es profundo, en lo individual y en lo colectivo, es precisamente uno de los objetivos de estudio en cada uno de los aspectos que al autor han interesado. Con ello apunto también que el libro que el lector tiene entre manos no es una pura información o una gratuita especulación. A lo largo de la lectura, ésta obligará sin duda a una reflexión que fácilmente puede trocarse en una posible aplicación, en aras de enderezar entuertos o de corregir lo que acaso sea ya irremediable.

No quisiera terminar sin agradecer a Claudio Alarco von Perfall la preparación y la realización de la obra, con el gran esfuerzo largamente realizado. Procedente de otros lares, ha sabido sentir al unísono con estos hombres y estas tierras mediterráneas. Doblemente mediterráneas, porque el motor de cambio, el turismo actual, es también esperanza y cruz precisamente de nuestras costas. Sentir es la premisa ineludible para comprender y hacer fecunda una labor en el campo de las Ciencias sociales. De esta forma el autor ha sido capaz de iluminar numerosas pautas de la población actual de Ibiza y Formentera, presentándonos unas islas hasta cierto punto nuevas, enfrentadas a un futuro incierto, pero con inéditos y esperanzados rumbos, de los que ahora tenemos una visión y unas perspectivas mucho más esclarecidas.

Ses Figueretes, Eivissa, septiembre de 1980

J. Vilà Valentí
Catedrático y Director
de la Sección de Geografía de la Universidad de Barcelona
Vicepresidente de la Unión Geográfica Internacional